

El Espíritu Santo y María en *Lumen Gentium*

The Holy Spirit and Mary in *Lumen Gentium*

José Antonio Martínez Jiménez

Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla

josemayrena@hotmail.com

Resumen: La constitución dogmática sobre la Iglesia del concilio Vaticano II profundiza en las relaciones entre la Tercera Persona de la Santísima Trinidad y la Virgen María. La santidad original de la Virgen, formada por el Espíritu Santo como nueva criatura, requerirá de ella una actitud activa y consciente, como colaboradora única en su obra. De este modo, la Madre de Dios aparece con las notas de “Casa de Dios”, “Theotokos” y “Madre de la Iglesia”. La obra de H. Mühlen se convierte en referencia canónica obligada para la recta comprensión de esa relación pneumatológica.

Palabras clave: Espíritu Santo, María, Iglesia, Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, H. Mühlen

Abstract: The dogmatic constitution on the Church of the Second Vatican Council deepens the relationship between the Third Person of the Holy Trinity and the Virgin Mary. The original holiness of the Virgin, formed by the Holy Spirit as a new creature, will require an active and conscious attitude from her, as the only collaborator in her work. In this way, the Mother of God appears with the notes of “House of God”, “Theotokos” and “Mother of the Church”. H. Mühlen’s work becomes an obligatory canonical reference for the correct understanding of this pneumatological relationship.

keywords: Holy Spirit, Mary, Church, Second Vatican Council, *Lumen Gentium*, H. Mühlen

Las aportaciones del concilio Vaticano II y de la posterior reflexión teológica, a las relaciones entre pneumatología y mariología son verdaderamente interesantes e incluso innovadoras, podríamos llegar a afirmar. Por este motivo, dedicaremos este estudio a profundizar en los nuevos matices que aporta fundamentalmente la constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio, *Lumen Gentium*, sobre la función de la Virgen María en la obra de la redención de Cristo y su acción materna en la comunidad cristiana, a la luz de la presencia recuperada de la misión insustituible del Espíritu Santo, en la teología dogmática y en la vida de la Iglesia.

Presentaremos este artículo estructurado en tres partes fundamentales: la “casa” del Espíritu; *Theotokos*, gracias al Espíritu; y María, madre de la Iglesia.

1. LA “CASA” DEL ESPÍRITU

De la misma forma que no se puede entender a Cristo y a la Iglesia sin la presencia y la actuación del Espíritu, es inconcebible pensar en María, “prototipo y modelo destacadísimo de la Iglesia” (LG 53), separada de la dimensión pneumatológica.¹

La Virgen María es la *Toda-santa* porque desde el primer instante de su ser fue “templo del Espíritu Santo” (LG 53).² Leemos en este texto la clave sobre el origen de la expresión:

Los padres de la segunda mitad del siglo IV, para refutar el maniqueísmo que comenzaba a extenderse en aquel momento, acuden al texto lucano para remarcar que la acción purificadora en María es obra del Espíritu Santo: La Virgen, plenificada por la gracia, se convierte en *morada, templo y sagrario* del Espíritu Santo, apta para poder acoger en su seno al Verbo, enviado por el Padre para reparar la caída de nuestros primeros padres. María, “nueva Eva”, al obedecer a Gabriel, nos consigue la vida por el Espíritu.³

Sobre ello, el mariólogo S. de Fiores afirma:

Hay que dar preferencia —como hizo el Concilio— al título de “santuario” en detrimento del de “esposa”, porque la maternidad divina de María se refiere al orden de la gracia y, por tanto, a la inhabitación del Espíritu Santo. En esta postura se sitúa decisivamente R. Laurentin, quien juzga que es “formula poética y no teológica [...], inadecuada y ambigua el título mariano de «esposa del Espíritu Santo»”. En favor del título de María como “esposa del Espíritu Santo” rompe una lanza la *Marialis cultus* (MC), recordando cómo algunos escritores antiguos “vieron en la arcana relación Espíritu Santo-María un aspecto esponsal, expuesto así por Prudencio: “La Virgen no desposada se desposa con el Espíritu Santo” (MC 26).⁴

¹ Cf. Angelo AMATO, “Espíritu Santo”, en Stefano DE FIORES – Salvatore MEO (dirs.), *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, San Pablo, 1988, 691-693.

² Cf. Manuel Ángel MARTÍNEZ JUAN, “La mediación de María en el concilio Vaticano II”, *Estudios marianos* 84 (2018) 97; Miguel PONCE CUÉLLAR, “Corrientes teológicas menos favorables a la Mariología posconciliar”, *Estudios marianos* 79 (2013) 82. En el posconcilio hubo también algunos abusos en la utilización de esta imagen de María como templo del Espíritu Santo; cf. Álvaro ROMÁN VILLALÓN, “María y la Trinidad en la mariología española reciente. Algunos trabajos publicados en «Estudios marianos»”, *Estudios marianos* 82 (2016) 107.

³ Juan Luis BASTERO DE ELEIZALDE, *El Espíritu Santo y María*. *Estudios marianos* 82 (2016) 117.

⁴ Stefano DE FIORES, *María, síntesis de valores. Historia cultural de la mariología*, Madrid, San Pablo, 2011, 476-477; cf. ROMÁN, “María y la Trinidad en la mariología española reciente”, 100-101.

Llena de gracia significa llena del Espíritu Santo, porque es siempre Él, el que pone en comunión con la vida trinitaria. La santidad del Espíritu ha visitado a María, la ha purificado, hecha toda santa, la ha empapado con el amor. Esta transformación de María desde el principio, por parte del Espíritu, era tan profunda, que alcanzaba a su mismo ser.⁵

Esta "santidad original o bautismo singular" de María, formada como nueva creatura por el Espíritu (LG 56), no ha sido pasiva, porque desde el primer momento en que tomó conciencia de sí, colaboró de manera especial con el Espíritu para aumentar en sí misma aquella unión intensa con Dios.⁶ De la misma forma que el Espíritu conduce a los hijos de Dios (cf. Rm 8,14), así el Espíritu guio a María a lo largo de toda su vida.

En el acontecimiento salvífico de la *anunciación*, cuando inspirada por el Espíritu consintió libremente en ser Madre del Verbo,⁷ ella como refiere San Juan Pablo II:

ha respondido, por tanto, *con todo su "yo" humano y femenino* y, en esta respuesta de fe, estaban contenidas una cooperación perfecta con la "gracia de Dios que previene y socorre" y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, quien perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones.⁸

En la visita a su prima Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, María profetizó y pro-anunció palabras inspiradas por el "soplo" de Dios; interpretó la historia de la salvación a partir del pensamiento divino; y mostró ser la "sierva de Dios", siempre disponible a hacer la voluntad del Altísimo. El canto del *Magnificat* fue la oración inspirada por sus sentimientos y esto fue hecho realidad porque María hizo experiencia personal mediante el Espíritu Santo que la había iluminado e instruido. Así, ella aprendió del Espíritu Santo la gran ciencia: que Dios no quiere manifestar su poder de otro modo que ensalzando lo que es bajo y abajando lo que es alto.

⁵ Cf. Alois MÜLLER, "María en el acontecimiento Cristo", en Johannes FEINER – Magnus LÖHRER (eds.), *Mysterium Salutis*. Tomo III, Madrid, Cristiandad, 1992, 911; BASTERO DE ELEIZALDE, *El Espíritu Santo y María*, 129.

⁶ Cf. Heribert MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia. La Iglesia como misterio del Espíritu Santo en Cristo y en los cristianos: "una persona en muchas personas"*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1998, 598; MARTÍNEZ JUAN, "La mediación de María en el concilio Vaticano II", 94-95.

⁷ Cf. CEC 494; Juan Luis BASTERO DE ELEIZALDE, "María y el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento", en Pedro RODRÍGUEZ (ed.), *El Espíritu Santo y la Iglesia. XIX Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1999, 343-344. 348-353.

⁸ San JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, 13.

El Espíritu no solo estuvo presente en los primeros compases de la vida de Cristo, ayudando a María a creer que el niño era el cumplimiento de las promesas hechas por Dios a los antiguos, sino que acompañó a María durante todo el desarrollo de Jesús, aun en las etapas más duras y misteriosas, cuando tenía necesidad de “meditar”, de interiorizar estos hechos para comprender mejor su alcance y significado (cf. Lc 2,19.49-51).

María, en el Calvario, tuvo necesidad de una particular presencia y cercanía del Paráclito. No se marchó al contemplar la muerte de su Hijo, sino que, pronunciando su sí en el Espíritu, se convirtió en madre de aquellos por los cuales Cristo entregaba su vida.⁹ Leemos lo que H. Mühlen afirma sobre ello:

La misma unión maternal de María con su Hijo —en cuanto se basa sobre algo más que un simple proceso fisiológico— es posible únicamente por obra de la mediación que se comunica a sí misma, es decir, por el Espíritu de su Hijo; y el hecho de asociarse con sentimientos maternos a su sacrificio y consentir en él se debe al poder del único e idéntico Espíritu, poder en el que Jesús mismo se ofreció a Dios. Tocamos aquí el fondo del misterio de la cooperación de María, posibilitada por el Espíritu de Cristo: María coopera con la cooperación del Espíritu en la obra del Hijo. Aun, y sobre todo en el momento de la muerte de Jesús, está bajo la plena dependencia del Espíritu, que dispone enteramente de ella.¹⁰

Sobre la situación y la función de María al pie de la cruz, volvemos a entrar en el pensamiento del teólogo alemán citado:

El Concilio menciona la actitud de María al pie de la cruz inmediatamente después de esta frase: *Así, avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe*. Al pie de la cruz María continúa siendo la gran peregrina, que solo en la fe, y por lo tanto de un modo no exhaustivo, “comprendió” el tremendo acontecimiento al que asintió amorosamente. Puede decirse con certeza que ella, al pie de la cruz, ha colaborado —con una intensidad no alcanzada por ninguna otra criatura humana— con el don de la gracia, es decir, con la intensificación de su propia gracia santificante, intensificación producida por el Espíritu de Cristo [...] Solo en el momento de su muerte *llegó a ser* Jesús cabeza de la Iglesia en sentido pleno; y también María, solo al pie de la cruz, *llegó a ser* plenamente miembro de la Iglesia, hecho que tiene un valor de causalidad ejemplar para la incorporación de los demás cristianos al cuerpo de Cristo. Desde el momento de la muerte de Jesús el Espíritu de Cristo se transmite *a sí mismo* en la historia de la Iglesia, de tal modo que quienes lo “poseen” y se han incorporado a la Iglesia por la fe y el bautismo están sellados por siempre en Cristo. Es legíti-

⁹ Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, “María y el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento”, 356-360; IDEM, “El Espíritu Santo y María”, 116.

¹⁰ MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 591.

mo, pues, afirmar con el Concilio que, “no sin un designio divino”, María se mantenía erguida al pie de la cruz, porque solo en el momento de la muerte de Jesús el Espíritu —fuerza histórica que constituye a la Iglesia— entró de una forma concreta en la historia de esta (cf. Jn 7,39); y, además, que María en ese momento, juntamente con las otras personas presentes al pie de la cruz, constituye la primera “comunidad-nosotros” cultural unida por el Espíritu de Cristo, comunidad que es el arquetipo del sacerdocio universal de los fieles, fundado en el carácter sacramental del bautismo.

Puesto que, desde el momento de la muerte de Jesús, el Espíritu de Cristo tiene realmente una *historia* en la Iglesia (que, por otra parte, se hace plenamente visible solo a partir de pentecostés), podemos decir, con Urs von Balthasar, que el sujeto de la Iglesia está presente de una forma incoativa en María y se consume con el misterio del Espíritu Santo: en el acto cultural indescriptible del sacrificio de la cruz la Iglesia se realiza por vez primera en la historia de la salvación; y ahí María es el sujeto singular destinado por Cristo a ser arquetipo de todos los que después incorpora a su Iglesia, esposa que está ante Él. Pero María no puede ser considerada como un “yo primordial”, que se prolonga después en la historia en un “gran-yo”; se limita a inaugurar en la historia de la salvación la Iglesia esponsal, la cual, a partir del *uno y único* yo primordial que es Cristo, gracias a la mediación que se comunica a sí misma, deviene un “gran-yo”. Cristo nos redime con su cruz como redimió a su madre, la cual, desde todos los puntos de vista, es la primera de las redimidas.¹¹

Luego en el cenáculo, la Virgen invoca con una súplica al Padre para que infunda su Espíritu:¹²

Dios no quiso manifestar solemnemente el misterio de la salvación humana antes de enviar el Espíritu prometido por Cristo. Por eso vemos a los Apóstoles, antes del día de pentecostés, *perseverar en la oración unidos, junto con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y sus parientes* (Hch 1,14). María pedía con sus oraciones el don del Espíritu, que en la anunciación la había cubierto con su sombra (LG 59).¹³

La Virgen María, completamente llena y transformada por el Espíritu, es «redimida» *de modo singular* de la corrupción corporal y “asunta” al cielo (cf. LG 59). María por su excelsa santidad y por la radical transformación realizada por la presencia del Espíritu, ya en su vida tuvo un “cuerpo espiritualizado”, es decir, transformado por el Espíritu. Estaba totalmente compenetrada con aquel que es Señor y da la vida, que poseía ya en sí la fuente de la vida inmortal. La Virgen poseía aquella vida “en el Espíritu” ya cuando vivía en este mundo, pero de forma oculta. Y,

¹¹ MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 602-606.

¹² Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, “María y el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento”, 353-356.

¹³ Cf. San Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, 24

cuando se terminó su existencia terrenal, la inmortalidad brilló en ella como sucedió con Cristo después de su muerte. La ascensión de María a los cielos es el resultado definitivo de su “espiritualización”.¹⁴

2. *THEOTOKOS*, GRACIAS AL ESPÍRITU

La singularidad y la importancia de María está claramente relacionada con su condición de “Madre de Dios”. En la maternidad divina, el Espíritu está muy presente en María, siendo todo este acontecimiento obra del Espíritu Santo.¹⁵ Es conveniente, por tanto, reflexionar sobre cómo María llega a ser *virginalmente* la Madre de Dios.¹⁶

El Espíritu Santo es siempre el anunciador y posibilitador de la presencia de Cristo en el mundo. No se concibe la presencia visible del Hijo sin previo descendimiento y actividad del Espíritu de Dios.

Con la *anunciación a la Virgen* empieza la plenitud de los tiempos: el Espíritu desciende sobre María de forma eficaz para realizar la encarnación del Hijo de Dios (cf. LG 52). Al interrogante de la Virgen: “¿cómo puede ser esto?”, o mejor, “¿cómo podré concebir *virginalmente* una criatura?”, Gabriel dice: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 11,34-35). Y el Credo profesa que Jesús “nace de María Virgen por obra del Espíritu Santo”. El Espíritu que desciende sobre María y la llena es “aquel que da la vida”, es aquel que desde el principio ha revelado poco a poco al Verbo y, ahora, el Hijo de Dios transmite su poder, se hace hombre en el seno de la Virgen. Dicen los padres de la Iglesia que cuando María dio su respuesta a Dios, entonces recibió el Espíritu, que plasmó en ella aquella carne igual a Dios. Dice el Concilio sobre esto:

Por su fe y su obediencia engendró en la tierra al Hijo mismo del Padre, sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como nueva Eva, prestando fe no adulterada por ninguna duda al mensaje de Dios, y no a la antigua serpiente (LG 63).

En ninguna otra etapa de la historia de la humanidad se dio una relación tan íntima entre una persona humana y el Espíritu, y en María todo ha sucedido sin oposición de ningún tipo. Leemos en LG 56: “No hay, pues, que admirarse de que entre los santos padres fuera común

¹⁴ Cf. MARTÍNEZ JUAN, “La mediación de María en el concilio Vaticano II”, 97.

¹⁵ Cf. San JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 49-51.

¹⁶ Cf. ROMÁN, “María y la Trinidad en la mariología española reciente”, 107-108: de especial interés resultan los párrafos, en los que el autor menciona algunos errores teológicos que se han dado en la relación entre el Espíritu y María, en el acontecimiento de la encarnación.

llamar a la Madre de Dios toda santa, libre de toda mancha de pecado, como si fuera una criatura nueva, creada y formada por el Espíritu Santo". De este modo el Espíritu, por medio de ella y en ella, sin encontrar ninguna dificultad, ha podido hacer totalmente presente al Verbo, lo ha "incorporado en la historia", ha juntado lo visible al Invisible y así se ha realizado el plan de la redención del mundo.¹⁷

Afirmamos entonces que María, en virtud de su total "espiritualización" puede donar a Cristo: la "llena de gracia", es decir, llena del Espíritu, en esta su total capacidad de recibir al Espíritu puede comunicar la vida divina en el Espíritu.

La relación de María con el Espíritu tiene una fuerza particular, hasta el punto de llamarla "esposa del Espíritu Santo". Este título fue muy querido por san Francisco de Asís, quien oraba así a la Virgen:

Santa Virgen María, no ha nacido en el mundo entre las mujeres ninguna semejante a ti, hija y esclava del altísimo Rey sumo y Padre celestial, madre de nuestro santísimo Señor Jesucristo, *esposa del Espíritu Santo*: ruega por nosotros, junto con el arcángel San Miguel y todas las virtudes del cielo y con todos los santos, ante tu santísimo Hijo amado, Señor y maestro.¹⁸

San Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Mater* dice: "Su camino de fe es, en cierto modo, más largo. El Espíritu Santo ya ha descendido a ella, que se ha convertido en su esposa fiel *en la anunciación*, acogiendo al Verbo de Dios verdadero".¹⁹

Desde estos enunciados, la afirmación "María esposa del Espíritu Santo" expresa una unión mística, fecunda, entre María y el Espíritu. La *virginidad* de María, antes que una virtud moral, es un don de ser en el Espíritu, es el participar en la fecundidad crística del Espíritu. María es *madre*, es decir, "fecunda", no según una necesidad humana o por una "lógica" biológica, sino porque está entregada de tal modo al Espíritu, que a Él solo corresponde hacer presente y visible al Invisible, "dar carne al Verbo". María, para engendrar a Jesús, no tiene necesidad de intervención humana, siendo transparencia viviente del Espíritu: la fecundidad de su seno recibe la fuerza de Él y solo de Él. Aquel que "crea y vivifica el

¹⁷ Cf. René LAURENTIN, "María, prototipo e imagen de la Iglesia", en Johannes FEINER – Magnus LÖHRER (eds.), *Mysterium Salutis*. Tomo IV/2, Madrid, Cristiandad, ²1984, 315-316.

¹⁸ San FRANCISCO DE ASÍS, "Antífona del Oficio de Pasión" en *Escritos. Biografías. Documentos de la época*. Edición preparada por José Antonio Guerra (BAC 399), Madrid, BAC, ⁴1991, 32.

¹⁹ SAN JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, 26.

universo”, del cual solo deriva la realidad digna de ser llamada “vida”, ha vivificado el seno de María y ha hecho fértil su virginidad.

El Espíritu, para traernos a Cristo, ha necesitado de la respuesta libre de la Virgen. Sin esto, Jesús no hubiera podido salvar a los hombres. Esta colaboración de María no se ha reducido solamente a dar cuerpo al hombre Jesús, sino que continúa aun construyendo el cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

3. MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

La bienaventurada Virgen María es madre de la Iglesia, porque en virtud del Espíritu continúa generando al cuerpo místico de Cristo (la Iglesia) y cada creyente. Nos dice sobre esto el Concilio: “Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar [...] hasta la realización plena y definitiva de todos los escogidos” (LG 62).²⁰

La Virgen con su maternidad divina se ha convertido en madre de la humanidad.²¹ Cuando María concibe y da a luz a Jesucristo por virtud del Espíritu, con Él y en Él concibe y genera a todos los hombres que vendrán, porque Cristo desde el primer momento está destinado a ser la cabeza del cuerpo de la Iglesia (cf. Col 1,18), lo que se conseguirá totalmente después de la resurrección y de pentecostés.

Profundicemos en esta maternidad especial de María, teniendo presentes las palabras de san Juan Pablo II:

En la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: *María de Nazaret y María en el cenáculo de Jerusalén*. En ambos casos su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del “nacimiento del Espíritu”. Así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre, se hace —por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo— presente en el misterio de la Iglesia. También en la Iglesia sigue siendo *una presencia materna*, como indican las palabras pronunciadas en la cruz: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”; “ahí tienes a tu madre”.²²

En el origen de la maternidad universal de María, está siempre presente el Espíritu. Este irradia e imana su fuerza santificadora por medio

²⁰ Cf. Peter KNAUER, “Espíritu Santo-pneumatología”, en Peter EICHER (ed.), *Diccionario de conceptos teológicos*, Tomo I, Barcelona, Herder, 1989, 347; MARTÍNEZ JUAN, “La mediación de María en el concilio Vaticano II”, 92-94.

²¹ Cf. MARTÍNEZ JUAN, “La mediación de María en el concilio Vaticano II”, 100-107.

²² SAN JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, 24; cf. ROMÁN, “María y la Trinidad en la mariología española reciente”, 108-109.

de personas “espiritualizadas”, y ninguna más que María —que es la *conductora* del Espíritu por excelencia— puede ayudar a transformar a los hombres en Cristo. María tiene una función única en el nacimiento de Jesús y en el nacimiento de su cuerpo-comunidad, y esto siempre gracias al Espíritu, por lo cual participa también en la virtud de intercesión del Espíritu. Así como María está en el cenáculo, reunida con los Apóstoles, “pidiendo con sus oraciones el don del Espíritu” (LG 59), y ahora, en el cielo, ora e intercede por todos, de modo semejante el Espíritu ora e intercede en nosotros (cf. Rm 8,15-16) y es nuestro *abogado y consolador* (cf. Jn 14,16.26ss). María, “Esposa del Espíritu Santo”, continúa intercediendo para que el Padre envíe continuamente sobre la Iglesia el Espíritu, que transforme a los hombres en su Hijo Jesús. Con el Espíritu, ella dice: “Ven, Señor”, esperando hasta que todos sus hijos entren en la gloria de Dios.²³ San Juan Pablo II dice también en otro texto:

María, que concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y se dejó guiar después en toda su existencia por su acción interior, será contemplada e imitada a lo largo de este año sobre todo como mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza, que supo acoger como Abrahán la voluntad de Dios “esperando contra toda esperanza” (Rm 4,18). Ella ha llevado a su plena expresión el anhelo de los pobres de Yahvé, y resplandece como modelo para quienes se fían con todo el corazón de las promesas de Dios.²⁴

Hacemos referencia también en este momento a una reflexión de Yves M.-J. Congar:

La función de María se sitúa *en* la del Espíritu Santo, que la hizo madre del Verbo encarnado, que es el principio de toda santidad y de la comunión de los santos. En el “misterio cristiano”, María posee, de manera supereminente, la posición de modelo de la Iglesia y de intercesión universal. Es, en ella, la obra del Espíritu. Los cristianos desean configurar sus vidas teniendo presente la imagen de la que recibió a Cristo y lo dio al mundo y dirigen sus plegarias a ella para que se realice esa imitación. Ellos esperan esto de Cristo mismo, que obra por medio de su Espíritu, pero con el sentimiento de que María coopera en la acción, a título de modelo e intercesión. De ahí esta experiencia mariana que envuelve su experiencia de la gracia y del Espíritu con un realismo concreto y acogedor. Porque la comunión de Cristo se acompaña con un recuerdo mariano; el misterio cristiano quedaría manco si quedara excluida la función de María. María, en su plano la primera agraciada, está asociada a la acción soberana del Espíritu. Tienen razón los protestantes cuando rechazan una atribución a María de lo que pertenece solamente a Dios; pero cometerían una equivocación

²³ Cf. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 587-588.

²⁴ San JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 48.

ción cerrándose a lo que los católicos y ortodoxos testimonian como discreta y justificada influencia mariana en sus vidas en Cristo.²⁵

El Espíritu, que ha hecho de María una obra de arte única, al mismo tiempo enseña y educa constantemente a la Iglesia a venerar a la Virgen (cf. LG 53). Esto debe llevar a una pastoral (catequesis, actos de piedad y devoción) que considere a María en su justo lugar, no quitándole nada, pero tampoco exagerando su figura fuera de su condición humana. Se trataría, desde un plano pastoral, de encauzar a los creyentes desde María al Espíritu, despertando así una verdadera devoción eclesial al Espíritu Santo.²⁶ Afirma el teólogo italiano Stefano de Fiores:

El Concilio concede a María los títulos de “abogada, auxiliadora, socorro, mediadora”,²⁷ y puntualiza que esos títulos no quitan ni añaden nada “a la dignidad y a la eficacia de Cristo, único Mediador” (LG 62), pero sin formular parecida acotación en lo que respecta al Espíritu Santo.²⁸ Varias voces abrieron camino para una rehabilitación teológica y espiritual orientada a restablecer en la vida de la Iglesia el puesto primordial del Espíritu Santo, y a reconocer la dependencia de María respecto de Él. Entre estas voces se distingue la de Pablo VI, quien en la exhortación apostólica *Marialis cultus* (2-2-1974) invita a dar a la piedad mariana una *orientación pneumatológica* que otorgue el “debido relieve a uno de los contenidos esenciales de la fe: la persona y la obra del Espíritu Santo” (MC 26).²⁹

En el posconcilio se llegó a la siguiente reflexión:

Todos somos cooperadores de Cristo, pero la cooperación de Nuestra Señora es más intensa y profunda en razón de su especialísima condición de *primera redimida por Cristo, de primera transformada por el Espíritu*. Esta cooperación de María es el fruto de la iniciativa del Padre, que ha mirado la pequeñez de su sierva (cf. Lc 1,48); es el resultado de la única mediación del Hijo, que se humilló tomando la forma de siervo (cf. Flp 2,7-8) para dar a la humanidad la posibilidad de responder al amor del Padre, y es, por fin, consecuencia de la acción del Espíritu, que dispuso el corazón de la doncella de Nazaret para dar la respuesta en el momento de la anunciación y a través de toda su vida de comunión con su Hijo. De este modo, María es la primera de aquellos, a los que el apóstol San

²⁵ Yves M.-J. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona, Herder, 1991, 193.

²⁶ Cf. DE FIORES, *María, síntesis de valores*, 473; MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 721-725.

²⁷ Cf. MARTÍNEZ JUAN, “La mediación de María en el concilio Vaticano II”, 83-84.

²⁸ Cf. MARTÍNEZ JUAN, “La mediación de María en el concilio Vaticano II”, 96: El texto conciliar no es muy explícito a la hora de hablar de la relación de María con el Espíritu Santo.

²⁹ DE FIORES, *María, síntesis de valores*, 472-473; cf. BASTERO DE ELEIZALDE, *El Espíritu Santo y María*, 126; cf. PONCE CUÉLLAR, “Corrientes teológicas menos favorables a la mariología posconciliar”, 78.

Pablo denomina *colaboradores o cooperadores* de Dios, en razón de su *función especialísima* de Madre del Verbo encarnado (cf. 1 Cor 3,9).

La cooperación de María a la obra redentora comienza con su sí a la encarnación del Hijo en su seno, porque su maternidad forma parte esencial del misterio salvador-redentor. La participación —única e irrepetible— de la Virgen María, como Madre da un carácter del todo singular a su cooperación a la obra redentora de Cristo. Es precisamente este matiz *materno* el que caracteriza la asociación propia de la Virgen con Cristo y su influjo en todos los momentos de la obra de la salvación, que no se limita a su ejemplo, sino que incluye una verdadera influencia maternal. Juan Pablo II profundiza el tema conciliar de la *mediación* de María, poniendo de relieve, como aspecto específico de su cooperación, la dimensión materna —mediación materna, maternidad nueva, cooperación materna, presencia materna— y la *dependencia de esta mediación de la acción del Espíritu Santo*.³⁰

Es cierto que María posee un puesto irrepetible en la historia de la salvación, ella ha hecho que Jesús sea nuestro hermano; pero sin la acción sobrenatural del Espíritu habría quedado como una mujer judía más. Por otro lado, su libre y total colaboración con el Espíritu hace de ella el paradigma de toda relación con el Espíritu que nos santifica. A propósito de esto, citamos a Heribert Mühlen:

La función intercesora de María solo puede entenderse en dependencia de la del Espíritu Santo, en cuanto Éste es la mediación que se comunica a sí misma, y en subordinación absoluta a esta última [...] Podemos estar bien seguros, en todo caso, que, de querer evitar nuevas exageraciones en la mariología (el n. 67 de LG expresamente nos pone en guardia contra ellas), es preciso hacerla pasar por el crisol de la pneumatología. Ésta eliminará todas las opiniones teológicas propensas a colocar de hecho a María en el lugar y función del Espíritu Santo.³¹

En LG 54 se afirma que María ocupa en la Iglesia, después de Cristo, el lugar más elevado y el más próximo a nosotros. Se nos está diciendo con esto que María es, por tanto, un miembro eminente de la Iglesia, la cual está frente a Cristo, cabeza, como esposa. Si hablamos de la Iglesia desde una dimensión trinitaria (cf. LG 7 y 8), sería más acertado decir que, después de Cristo, debe nombrarse al Espíritu. En primer lugar,

³⁰ PONCE CUÉLLAR, "Corrientes teológicas menos favorables a la mariología posconciliar", 92; cf. ROMÁN VILLALÓN, "La mediación materna de María en el magisterio de Juan Pablo II", *Estudios marianos* 84 (2018) 135-181.

³¹ MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 580-581; cf. BASTERO DE ELEIZALDE, *El Espíritu Santo y María*, 113-115; y PONCE CUÉLLAR, "Corrientes teológicas menos favorables a la mariología posconciliar", 76.

porque la misión eclesial del Espíritu es distinta a la de Cristo, y en segundo lugar para evitar la equivocación de poner a María, por falta de una interpretación correcta, en el sitio del Espíritu.³² Con respecto a esto nos dice Stefano de Fiores:

A la luz del Nuevo Testamento hay que reconocer la prioridad de la vida en el Espíritu (Gál 5,18) o animada por el Espíritu (Rm 8,2-14), recibido en el bautismo (1 Cor 12,13; Ef 4,4), como dinámica fuerza interior, y en cuyo marco hay que situar la dimensión mariana.³³

Siguiendo la reflexión del teólogo alemán Mühlen, con respecto a la maternidad eclesial de María, añadimos lo siguiente:

María es “madre de los miembros de Cristo”, en cuanto, en la historia de la salvación, es cualitativamente la *primera* en la serie de los que son unidos directamente a Cristo por la mediación que se comunica a sí misma. Para poder describir su relación “maternal” con la Iglesia no es indispensable el afirmar que es “madre de la Iglesia”: ella es madre de la cabeza de la Iglesia. La diferencia, subrayada por el Vaticano II, entre encarnación y misión del Espíritu Santo (es decir, la Iglesia) pone de manifiesto que María solo ha cooperado de un modo inmediato y casual en la encarnación del Hijo, trayéndolo al mundo; pero no coopera de ningún modo en la unción de Jesús con el Espíritu Santo: el Logos (juntamente con el Padre) es el único origen del Espíritu Santo. El Logos recibe de María su forma corporal, pero no su unción. Ahora bien, dado que el origen directo e inmediato de la Iglesia es la plenitud del Espíritu poseída por Jesús — que tiene como presupuesto la encarnación del Logos —, no se puede afirmar que, por su maternidad corporal, María se ha convertido en madre de la Iglesia, en el mismo sentido directo que lo es de Jesús.³⁴ Sí puede decirse, en cambio, que es “madre de los creyentes”, en el sentido de que su carácter de miembro tiene una significación *arquetípica y ejemplar* para quienes, después de ella, devienen miembros del cuerpo de Cristo, y, juntamente con ella, están frente a Cristo en una oposición sponsal.³⁵

³² Cf. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 592; LAURENTIN, “María, prototipo e imagen de la Iglesia”, 327; y DE FIORES, *María, síntesis de valores*, 471-472.

³³ DE FIORES, *María, síntesis de valores*, 478.

³⁴ Cf. LAURENTIN, “María, prototipo e imagen de la Iglesia”, 328. Por lo que se refiere a la maternidad espiritual, el Concilio ha empleado este concepto porque es sencillo, familiar y, sobre todo, a penas discutido. Sin embargo, este concepto plantea más problemas de lo que parece a primera vista. El problema más importante es que María no es en el mismo sentido madre de Cristo y madre de los cristianos. Es madre de Cristo porque lo ha dado a luz corporalmente. Es madre de los discípulos de Cristo por vía de adopción. El Concilio no ha tratado directamente este problema, más bien lo ha sorteado.

³⁵ MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 601-602; cf. BASTERO DE ELEIZALDE, *El Espíritu Santo y María*, 125.

María continua por los siglos como el mejor modelo para la Iglesia en lo que tiene que ver con su *maternidad*. María fue fecunda por la fuerza del Espíritu. Si la Iglesia quiere ser fecunda no solo desde el punto de vista sacramental, sino también existencialmente en la vida ordinaria, debe renovarse siempre en el Espíritu de Cristo. Como el Espíritu ha fecundado misteriosamente a la Virgen y ha traído al Hijo, así fecunda a su esposa, la Iglesia. Y si María colaboró con el Espíritu para que naciera el Salvador, también la Iglesia debe obedecer dócilmente al Paráclito para ser en verdad “madre de la humanidad redimida”.³⁶ Esto lo decimos refiriéndonos a la Iglesia universal pero también de forma individual, a cada cristiano. Es necesario que el Espíritu divino *nos cubra siempre con su sombra*. Con referencia a esto, consideremos finalmente los siguientes textos del Concilio:

LG 64: También la Iglesia se convierte en Madre por la Palabra de Dios acogida con fe, ya que, por la predicación y el bautismo, engendra para una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. También ella es virgen que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo, e imitando a la Madre del Señor, con la fuerza del Espíritu Santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la esperanza firme y el amor sincero.

LG 65: También en su acción apostólica, la Iglesia con razón mira hacia aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que por medio de la Iglesia nazca y crezca también en el corazón de los creyentes.

4. CONCLUSIÓN

Después de esta exposición sobre la relación del Espíritu Santo y María en *Lumen Gentium*, reafirmamos la idea fundamental que se recoge en el número cincuenta y cuatro de dicho documento, que nos habla de la *intención del Concilio* y que hemos aplicado de forma concreta a la dimensión pneumatológica en la vida y la misión de la Madre del Salvador. Según este texto, no podemos pretender desarrollar una mariología completa, ni resolver todas las cuestiones que aún no están totalmente aclaradas por los teólogos. Como hemos visto en el desarrollo de este artículo, en el posconcilio se dieron grandes e importantes pasos para la mayor comprensión de María y su lugar en el plan de salvación de los hombres, pero el camino sigue abierto a nuevas apreciaciones que nos hagan conocer más profundamente la acción y la influencia del Espíritu en la bienaventurada Virgen María.

³⁶ Cf. san JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 66.